

EM2 / CULTURA

WILLA CATHER

'Uno de los nuestros', el Pulitzer de la novelista americana

Una granja al Oeste



La escritora estadounidense Willa Cather, con ropa masculina. / EDWARD STELCHEN



GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES / 315

MANUEL HIDALGO

Willa Cather ganó el Premio Pulitzer de Novela en 1923 con *Uno de los nuestros*. Fue la consagración de una escritora madura, ya previamente consagrada o, al menos, bien situada. Después de *Alexander's Bridge* (1912), su primera novela, Cather había publicado tres novelas más, su llamada *Trilogía de la Pradera*, que le habían dado fama y reconocimiento suficientes: *Pioneros* (1912), *El canto de la alondra* (1915) y *Mi Antonia* (1918), su obra maestra. La primera y la tercera, publicadas por Alba en España –junto a cinco libros suyos más–, y la segunda, editada por Pre-Textos, han creado el caldo fecundo que ha propiciado que *Uno de los nuestros* (Nórdica) –nada que ver, por si acaso, con la película de Martin Scorsese– haya sido una novela muy leída este verano en España entre lectores atentos y avisados.

Las tres novelas de la pradera situaron a Willa Cather en unas coordenadas –la novelística de las Grandes Llanuras– que, por un lado, le dieron identidad y valor y que, por otro, redujeron su dimensión ante ciertos críticos e historiadores norteamericanos en un momento dado. Son novelas ancladas en el Medio Oeste, en Nebraska, señaladas por un tono, un lenguaje y un color localistas, vinculados a la peripecia del entorno rural de los emigrantes pioneros que, desde el Este y desde Europa, rompieron las fronteras de un país en expansión como Estados Unidos. Otros comentaristas han considerado estas características no como una limitación en lo pequeño, sino como una fuente necesariamente constitutiva de la narrativa y del proceso histórico de la propia nación norteamericana.

Willa Cather, sin lugar a dudas, fue una mujer muy singular. Nació, la mayor de siete hermanos,

en 1873, en una granja del estado de Virginia. Cuando cumplió nueve años, sus padres se trasladaron a un pueblo de Nebraska de poco más de 2.000 habitantes, donde su padre –después de haber criado ovejas– se desenvolvió en negocios inmobiliarios y de aseguradoras. Ese pueblo, Red Cloud –en memoria del jefe sioux Nube Roja–, apenas había sido fundado, al arribo del ferrocarril, unos años antes, y la pequeña Willa –bautizada Wilella– se formó como pudo en la única habitación de una escuela rural tutelada por su madre, que había sido maestra de escuela.

¿Cómo pudo esa niña, en su época y en su lugar, llegar a ser la escritora que fue? Logró licenciarse en Lengua y Literatura Inglesas en la Universidad de Nebraska, tras renunciar a una insólita vocación inicial como cirujana con afición a las vivisecciones. Aprendió varios idiomas, clásicos –latín y griego– y contemporáneos, y, en sus tiempos del campus, se ejerció en el periodismo, lo que le llevaría a tener un

UNO DELANTE

> DE LA IGLESIA EXPLOTA

Me gusta el final de *Las brujas de Zugarramurdi*, el tumultuoso aquelarre en las cuevas. No sólo es el desenlace lógico de la línea argumental de la película, sino también, como visión de la España de hoy, una explosión y un exabrupto, la visualización de un caos y de un pandemónium que está agazapado entre las líneas de las diversas crisis individuales y colectivas del país. Otros cineastas, sin duda, disponen de otro prisma de análisis que también puede ser plausible. Pero *Álex de la Iglesia* expresa una posibilidad, incluso una necesidad más o menos psicológica: que todo vuele por los aires a trompazo limpio, la gran catarsis. Y, con la impresionante música de Mikel Laboa (*Baga biga higa*), es fiel a sus raíces culturales españolas y vascas, al esperpento y a los subgéneros universales. Emocionante.

empleo como periodista en Pittsburgh (Pensilvania), a partir de 1896 y durante 10 años.

Pero la singularidad de la joven no sólo se basaba en su perfil intelectual. Se hacía llamar William, se vestía como un chico, se cortaba el pelo con toque masculino y usaba corbata. Sus biógrafos americanos se la cogen con papel de fumar –rigor, ante todo–, pero parece claro que Willa Cather fue lesbiana, un desafío a su tiempo que ella misma se encargó de disimular, ordenando en sus últimos años que su comprometida correspondencia personal fuera quemada.

La mujer de su vida fue Isabelle McClure –su compañera de habitación en Pittsburgh– y, con posterioridad, ya en Nueva York, la editora Edith Lewis, con la que convivió durante más de 40 años y hasta su muerte. Tuvo otras amigas y amigas. Cather llegó a Nueva York en 1906 para trabajar como ejecutiva en una revista muy difundida y de tintes populistas de la editora McClure. El periodismo retardó su plena dedicación a la escritura.

Se la acusó de mirar hacia el pasado, ignorando los temas del momento; entre ellos, la Depresión del 29

Sobre la narrativa de Willa Cather se han cerido no pocos interrogantes, varios de ellos en tono inquisitivo o, cuando menos, interperlativo. Se le acusó de mirar hacia el pasado, hacia su origen local, desdeñando o ignorando los temas de un presente convulso y refugiándose en una narrativa heredera de maestros como Henry James o, en su primera novela, Edith Wharton, cuando ya estaban a punto de aflorar –lo cierto es que ella era bastante mayor que ellos– los novelistas renovadores de la Generación Perdida: Fitzgerald, Hemingway, Dos Passos.

No deja de extrañar que una mujer como ella, periodista en un Nueva York emergente, volcara su interés hacia sus raíces locales, hacia su Nebraska rural, despreciando o mostrándose indiferente como novelista hacia la vitalidad de una gran metrópoli en la que ella era una figura profesional activa y destacada. Vivía en la gran ciudad, desarrollaba tareas profesionales acordes con un tiempo nuevo, tenía una vida personal –su convivencia con Edith Lewis– propia de una modernidad naciente y, sin embargo, y a distancia, volvía su mirada de novelista hacia sus orígenes rurales y remotos. Pues así fue.

Otros críticos más agresivos le reprocharon después, cuando ya ocupó una importante posición en las letras norteamericanas, algo relacionado con lo anterior, no haber prestado atención a la crisis de la nación en la Depresión del 29 y años siguientes, estar encapsulada en los ingredientes biográficos de su infancia y adolescencia, e incluso haber derivado, con un par de novelas históricas, hacia un pasado todavía más remoto.

Con *Uno de los nuestros*, sin embargo, Willa Cather dio, con su protagonista, un paso para salir de los límites de un escenario campestre tan idealizado como insuficiente. El joven Claude –inspirado directamente en un primo suyo– no acaba de centrarse en su destino como granjero, descubre inquietudes intelectuales, naufraga en un matrimonio y opta por alistarse como voluntario para combatir en Europa en la Primera Guerra Mundial. Ahí encontrará la fatal culminación de su aventura vital, respirando aires de libertad que se transforman en agonizantes bocanadas. Novela casi elegíaca, pastoral, sinfónica y dramática, con impulso exaltante y con melancolía conclusiva. Excelente.

Willa Cather murió en Nueva York en abril de 1947 de una hemorragia cerebral masiva. Fue, con sus contradicciones, reservas y limitaciones, una pionera, como mujer y como escritora.

Cine / Academia

Goya de honor para Jaime de Armiñán

Madrid

«Un cineasta nunca se retira, tengo una comedia casi terminada y escribo casi todos los días. Los que son como yo no podemos jubilarnos porque lo hacemos únicamente cuando nos vamos a la triste fosa». Con estas palabras recibió ayer el director Jaime de Armiñán la noticia de su Goya de honor 2014. La Academia reconoce así la carrera de uno de los directores más peculiares, heterodoxos y, por ello, inclassificables. Dos veces candidato al Oscar por *Mi querida señorita*, quizá su obra más arriesgadamente lúcida, y por *El nido*, desangelada y ácida radiografía de la España interior, De Armiñán ha hecho de su filmografía un espacio en el que ventilar todas las formas posibles de conjugar el verbo amar. Siempre a distancia de los lugares comunes, siempre pendiente de los rincones más oscuros y, por ello, interesantes.

Además, este madrileño de 86 años ha sido de los pocos cineastas que se han manejado con igual soltura y no menor voracidad entre la pantalla grande y la televisión. Empezó en TVE hasta ser despedido por irritar a la mujer de un ministro y a ella volvió en los años 80 para realizar la genial *Juncal* al lado de Paco Rabal.



La artista Malú, en portada.

Malú, bella y solidaria en 'Yo Dona'

EL MUNDO / Madrid

Malú se une a *Yo Dona* contra el cáncer de mama. La cantante ocupa la portada de esta semana vestida de rosa, color del lazo que simboliza la lucha contra esta enfermedad. Figura referencia en el panorama pop español, es coach del programa de televisión *La Voz* y el día 15 de octubre lanza su decimocuarto álbum, titulado *St.* «Me sale del alma comprometerme con diversas causas. Si no lo hiciera, dormiría mal», dice Malú en referencia a su labor solidaria en la entrevista con la revista que se entraña mañana junto con EL MUNDO.